

VIAJE AL ORIGEN DE LA CIVILIZACIÓN

PABLO MOYANO LLAMAS
ACADÉMICO NUMERARIO

“A la tercera va la vencida”, dice un viejo refrán. La Hermandad de la Sagrada Familia CajaSur, ya en el año 2001, quiso organizar a través de la agencia de Viajes CajaSur una excursión a Egipto. Fracasó dos veces por culpa de la conflictiva situación de Oriente Medio –situación que por desgracia cada día se encona más y más– y por temor al terrorismo. Aunque las cosas no han mejorado –como he dicho–, en Egipto sí y bastante. Egipto hoy día cuida muchísimo el turismo. Después del atentado de hace unos años, contra turistas alemanes en el Valle de los Reyes, el gobierno de El Cairo incrementó en grado sumo los controles y el servicio permanente de la policía en todo el país, y sobre todo en los lugares de mayor interés turístico. Más aún: hoy existe una policía específicamente al servicio y salvaguarda de los turistas, cosa que no sucede en casi ningún otro sitio, y eso ha dado una seguridad extraordinaria en la prevención de actos suicidas. Con esa garantía, la Hermandad de CajaSur –en la que están integrados los dos mil trescientos empleados de la entidad– programó en el verano del 2003 nada menos que tres viajes en los meses de octubre, noviembre y diciembre, este último coincidiendo con el llamado “puente de la Inmaculada”. ¡Bien que trabajaron para hacerlos posibles el hermano mayor, José Juan Carmona, y el vocal recreativo, Joaquín Mellado. Unos doscientos cincuenta excursionistas –entre empleados e impositores de la Caja– participamos en esa gira. Un viaje que se paga en plazos de cinco o seis meses, sin interés alguno. Servidor tuvo el gozo de participar en el primero de los viajes, del 20 al 28 de octubre. Tuve la grata sorpresa de verme acompañado por el Ilmo. Sr. Don Juan Guillén Torralba, canónigo de la catedral de Sevilla y consejero de CajaSur muy entroncado con nuestra Catedral y nuestro Seminario. Iba acompañado de su hermana. Desagraciadamente, don Juan Guillén, en las pasadas navidades entregaba su alma al Señor, le falló el corazón.

Fue la nuestra una excursión inolvidable que no se borrará jamás de nuestra memoria. Todo un baño de cultura, de Historia, de cercanía y comprensión hacia otros pueblos, a otras formas de vida.

Viajé en un avión *jumbo* egipcio: Compañía Egiptair, un *Boeing* con capacidad para cuatrocientas personas. Cómodos y muy bien atendidos por las azafatas y la tripulación, todos egipcios, muy correctos, pero sin pronunciar una sola palabra en español, sólo inglés. Íbamos con miedo. Habíamos oído hablar del barco que se hundió en el Nilo y habíamos visto las imágenes, el incendio y la consternación que se apoderó de miles de turistas a raíz del suceso. En nuestro mismo avión iba una pareja de recién casados que tenía reserva para el barco incendiado, que se llamaba *Lyberty*.

Cinco horas de vuelo con almuerzo a bordo. Tras el vuelo la llegada a Luxor. Como primer regalo nos recibe y da la bienvenida un grupo folklórico con instrumentos y sabor egipcio. A ellos no les gusta en absoluto que se les llame árabes, ni moros, como

nos dirían los guías que nos habían asignado: Jacobo y Jousri. Éste nos pidió que le llamáramos Pepe, a secas. Dos guías estupendos, con estudios universitarios —en Egipto ser guía es una profesión muy valorada. Los dos eran cristianos coptos —y según nos dijeron— muy practicantes. Mas adelante, nuestro guía Pepe nos confesaría que en Egipto los coptos, en su mayoría, son practicantes y profundamente religiosos.

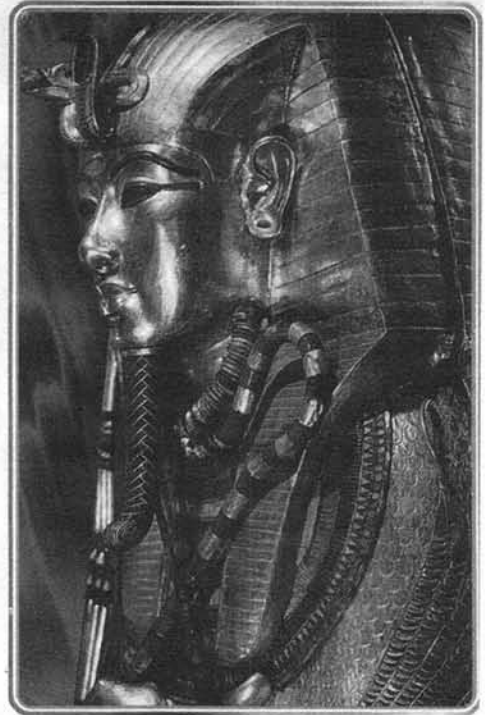
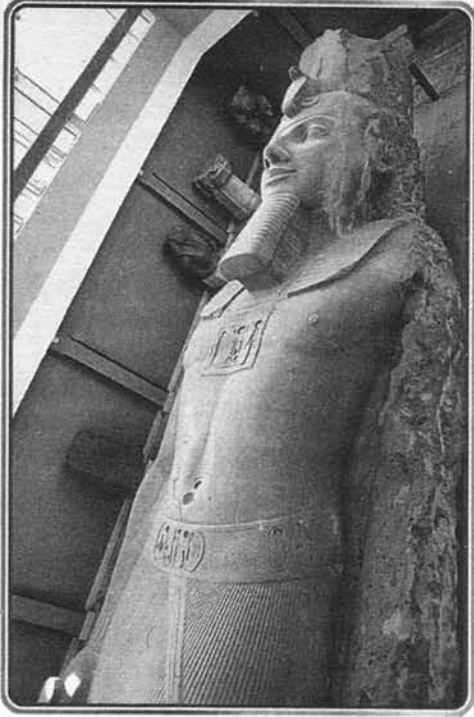
Después de ese recibimiento tan llamativo y tan frecuente en todos los países musulmanes, y hasta en los de Extremo Oriente como Tailandia, entramos en el barco que sería nuestra morada la mayor parte del viaje. Entrábamos en la entraña de Egipto: es decir en el río Nilo. Egipto es el Nilo. Sin el Nilo Egipto sería un erial, un puro desierto. Herodoto escribió que “Egipto es el don del Nilo”, pero ya los antiguos egipcios se habían adelantado cuando cantaron sus alabanzas a este río bondadoso cantando sus buenas obras:

“Gracias a Dios, Oh Nilo que haces brotar las plantas de la Tierra, y alimentas a Egipto. Cuando desbordas se matan las matanzas y se te presentan las ofrendas, se celebra una gran fiesta, porque eres la luz que mana de las tinieblas”. Lo describen los antiguos como “Señor del abundante sustento, señor de los peces y creador de los seres, señor de la vida y padre de los dioses”. Egipto: un país con doble extensión que España, cerca de setenta millones de habitantes. De esa enorme extensión sólo el 4% es cultivable y sólo en las riberas del Nilo. Todo lo demás es puro desierto, arena y soledad. En esas orillas, en esas riberas está la raíz, el principio de la civilización del mundo.

Seis mil años de historia viva grabada en piedras, en monumentos casi inexplicables. Historia, leyendas, mitos de faraones, de reinas, de dioses y diosas, de nobles, artesanos y esclavos. Toda la Historia de más de seis mil años de Imperio, de luchas, de intrigas, de trabajo, arte, sudor y fatiga hasta la extenuación. Todo ha quedado escrito para siempre en los templos, en las tumbas, en las pirámides, en ese increíble Valle de los Reyes, más que valle, cañón donde arranca el desierto. O ese otro Valle de las Reinas o en las laderas de las montañas, que guardan los sepulcros de los nobles y de los bastardos. Egipto es un inmenso libro abierto a todos los vientos para redescubrir la Historia del mundo de las más antiguas civilizaciones. Es una nación adelantada a su tiempo, adelantada a la Historia, una experiencia irrepetible y única que alcanza en pocos siglos un desarrollo vertiginoso y crea obras ingentes, artísticas y científicas muy superiores a las posibilidades de su tiempo. Egipto anticipó en más de dos mil años la Historia del mundo encauzando las riadas del Nilo, fertilizando la tierra con el cieno y convirtiendo las arenas en vergeles.

Desde los orígenes hasta el final nada menos que treinta dinastías se suceden, más los Tolomeos, Cleopatra, César y Marco Antonio.

De la mano de nuestro guía y de un formidable libro comprado en el mismo barco, uno se embebe en la maravillosa leyenda de Isis y Osiris, reflejo, al fin y al cabo, de la lucha entre el bien y el mal. En las culturas antiguas se profesaba una profunda adoración a las fuerzas de la naturaleza. Para los egipcios el cielo y la tierra eran una hembra y un varón: Gueb, dios de la tierra, Nut, dios del cielo. Unidos tuvieron dos hijos varones, Osiris y Set, y dos hembras, Isis y Neftis. Osiris se casa con su hermana Isis gobierna la Tierra con bondad y justicia, enseña a cultivar la tierra, promulga leyes, crea pueblos y ciudades, impulsa la navegación. Set, casado con Neftis, mira con envidia a Osiris. Decide matarlo con una idea diabólica: fabrica un ataúd de oro de la talla de su hermano, da un gran banquete, sorprende a todos prometiendo el ataúd al que le esté a medida. Cuando entra Osiris lo cierran y lo arrojan al Nilo. La fuerza lo lleva al Mediterráneo y las olas lo arrastran hasta El Líbano, en la actual Yubaid. Un árbol enorme oculta el féretro. Isis emprende un viaje largo en busca de su marido. Al final lo encuen-





tra y vuelve a Egipto. Pide a Dios que devuelva la vida a Osiris. Al revivir, Isis se vuelve loca de contenta y Set, que ha ido de cacería, oye los gritos y al ver vivo a su hermano monta en cólera, lo mata y entierra cada parte de su cuerpo en distintas regiones. Pero antes, Osiris e Isis engendran un hijo, Horus, e Isis lo esconde en las junglas del delta. Al llegar a adulto, Horus decide vengar la muerte de su padre. El país se divide en dos bandos enfrentados. Dios apoya a Horus y derrota a su tío. Elevan los sacerdotes al trono a Horus y eligen a Osiris como dios de los muertos. Al fin, el bien triunfa sobre el mal. Esa es la gran lección de esta maravillosa leyenda. Divinizada Isis ocupa un lugar destacado en los templos de Filé, junto a Horus y Hathor, diosa de la belleza, del amor y la maternidad. También Osiris recibió culto en Filé, hasta que el emperador Justiniano lo prohibió en el año 550 a. de C. y persiguió a los sacerdotes.

KARNK Y LUXOR

Nuestro barco-hotel contaba con todas las comodidades que hoy puede ofrecer un hotel de cuatro o cinco estrellas. Por la mañana, y tras el desayuno, visitamos la necrópolis de Tebas, antigua capital de Egipto. Después Karnak y Luxor. Son increíbles estos monumentos. En Luxor el único y gran vestigio de su esplendoroso pasado es el templo, que llamaban Haren de Amón en el Sur. Tiene nada menos que 260 metros de largo y fue construido por Amenofis III, ampliado por Tutmosis III y terminado por Ramsés II, el más longevo y prolífero de los faraones: vivió 97 años, tuvo 112 hijos y sesenta y siete mujeres. Dos monumentales estatuas de Ramsés II presiden la entrada al admirable templo. Uno se queda asombrado ante una obra tan ingente, comenzada unos 1400 años antes de Cristo y terminada con Ramsés II hacia el 1200 antes de Cristo.

Y de Luxor a Karnak: el mayor monumento faraónico de Egipto. Templos, santuarios, estatuas, lago sagrado donde los sacerdotes se purificaban antes de iniciar los ritos sagrados, ciento treinta y cuatro columnas de 23 metros de altura y 10 de circunferencia. ¿Cómo se pudo construir esta mole de piedra hace tantos siglos? ¿O cómo transpor-

tar esas impresionantes esculturas de tanto peso hasta su emplazamiento? ¿Y los obeliscos? Todo esto constituye todavía un enigma casi increíble. Según la leyenda, no pudieron transportarlos los hombres sino extraterrestres. Sólo el obelisco de Tutmosis I tiene 23 metros de altura y pesa 143 toneladas. Admirables los arquitectos que supieron forjar estas construcciones *monstruos*. ¿Y cuántos esclavos morirían en el empeño de levantar esas colosales estatuas, columnatas y piedras de enorme tamaño? Todo un gran misterio, como el misterio de las momias.

Por la noche, y tras la cena en el barco, un buen grupo decidimos visitar el zoco de Luxor. Una estampa muy parecida a todos los mercados nocturnos de los países árabes: Dos kilómetros largos de tiendas y tenderetes, donde todo se mezcla y donde todo se vende. Te asaltan y te meten por los ojos toda clase de objetos, de ropas, de baratijas. Y donde una legión de niños, de jóvenes o de mayores te tienden la mano pidiendo una limosna. Es terrible ese asalto y ese regateo para ajustar el precio de cualquier cosa. Si te descuidas o no regateas hasta la extenuación, te despluman y esquilman como un tonto.

De paso hacia el Valle de los Reyes visitamos los colosos de Menmon, único vestigio que nos ha llegado del inmenso templo. Son dos esculturas grieteadas de Amenofis III, de 18 metros de altura y más de 3.300 toneladas de peso. Según la leyenda egipcia todas las mañanas, al salir el sol, emitían gemidos y se convirtieron en centro de peregrinaciones para griegos y romanos. Septimino Severo las hizo restaurar y desde entonces los gemidos desaparecieron para siempre.

Después de tomar fotografías y posar ante los colosos visitamos Edfus, sin duda el mejor templo antiguo que se conserva en Egipto. Fue construido por Tolomeo III en el 237 a. de C. Las obras se sucedieron hasta Cleopatra, la última reina de Egipto. En sus paredes externas observamos escenas de gran interés: escenas mitológicas con la victoria de Horus sobre los asesinos de su padre escenas de culto a Horus, según las horas del día y los periodos del año. Tabernáculo de granito gris de 4 metros de altura, una majestuosa estatua de Horus luce la corona doble del Alto y Bajo Egipto. Horus amantado por la diosa Hathor. Lugar sagrado para las parturientas y para toda mujer que deseara convertirse en madre.

Después de Edfus una serena navegación Nilo arriba. Es una delicia contemplar el paisaje, las orillas fecundas del Gran Nilo, tachonado de palmeras, plataneras, maizales y hortalizas. La cara fecunda y espléndida del Nilo. De vez en cuando una isla en la que pacen vacas, llevadas en barca al centro del río. Algunas casas, muy pequeñas, donde viven modestos campesinos. Breve visita a Kom-ombo, con su templo doble consagrado a Horus, dios solar, guerrero exterminador de los enemigos de Osiris, como ya se dijo. El segundo templo consagrado al dios-cocodrilo Sorhet, creador del mundo y de la fertilidad, enemigo mortal del mal.

EL VALLE DE LOS REYES

Mítica y mágica palabra: El Valle de los Reyes. Sobrecoge el alma. Más que un valle es un cañón entre montañas al comienzo del desierto. Bajo un sol de justicia –sobre 38 a 40 grados– unos pequeños vagones nos llevan arriba, subiendo una zigzagueante garganta entre las montañas. Puro desierto. Ni un arbusto, ni una planta, ni una flor perdida entre las piedras. Es la ciudad de los muertos: un rosario largísimo de nombres: Dinastía de los Ramsés, hasta el IX, Amenofis, Tutamkamón, Tumosis, Seti, Merneptah y una reina famosísima: Hatshepsut, la que reinó reivindicando la igualdad de la mujer, modelo y prototipo del feminismo radical. Aquellas criptas, aquellas

impresionantes mansiones excavadas bajo las montañas, no sólo tumbas de los faraones, de los príncipes o de la reina son enormes templos bajo tierra. Con sus capillas, sus galerías tachonadas de grabados y de leyendas y de jeroglíficos hasta llegar a la llamada "sala del entierro", como gustaba llamarlas a nuestro buen guía Pepe. Nosotros visitamos la tumba de Ramsés IX y otra cuyo nombre no recuerdo. Las tumbas fueron saqueadas ya en tiempos de los faraones pero se salvó la de Tutankamon. Hoy los grandes museos de Europa –Berlín, Londres, París, Viena– están repletos de antigüedades egipcias, fruto de un expolio que no tiene nombre muchas veces. En ocasiones, fruto de compras más o menos fraudulentas e incluso de regalos de dirigentes egipcios. Pero a pesar del expolio de tantos siglos esas tumbas conservan su grandiosidad arquitectónica, sus grabados y sus pinturas, inmenso libro abierto donde ha quedado plasmada en piedra la fe, la cultura, las costumbres, la vida familiar, la caza, la navegación, los cultivos, todo el acontecer religioso, civil y político de hace varios miles de años. El más allá, la vida doméstica de los faraones, venerados como dioses. Y junto a las enormes criptas excavadas en la roca viva, otras muchas tumbas pequeñas en las laderas de las montañas, de nobles, gobernadores, pudientes e hijos de faraones.

Y no lejos, el Valle de las Reinas. Nada menos que ochenta tumbas guarda este recinto. Pertenecen a las XIX y XX dinastías, unos 1300 años a. de C. Escenas de ofrenda a los dioses adornan sus interiores. Y aquí está la tumba de Nefertari, la esposa de Ramsés II, el más famoso de los faraones y el más esculpido en infinitas estatuas a lo largo y ancho de todo Egipto.

ASSUAN

Hasta no hace mucho era la presa mayor del mundo. Hoy la primera está en China. Assuan es la segunda. Fue construida por los rusos bajo el mandato de Gamal Abder Nasser, el mayor soñador de un nuevo imperio para Egipto. Assuan no es sólo una enorme presa para dominar y encauzar el río Nilo. Es un mar. Hay que distinguir Assuan ciudad de Assuan presa. La ciudad tiene unos doscientos cincuenta mil habitantes, con edificios modernos y hoteles de gran categoría. En Assuan hicimos un precioso paseo en las llamadas "faluas", pequeñas embarcaciones, algunas movidas a vela. Mientras bajábamos hasta la orilla desagua una hilera sin fin de vendedores que nos asalta y nos mete por los ojos collares, pulseras, papiros, gorros, estatuillas de faraones, dioses cartuchos –el símbolo de los faraones y de las reinas-. Y nos señalan la tumba del Aga-Hahn, Mohamed Shi, el jefe de los ismaelitas. Y un monumento en honor de cuantos hicieron la famosa presa. Estamos en la llamada Nubia, la que daba a los faraones no sólo el oro sino los soldados mejores, las maderas, el marfil, de sus canteras rojizas se sacaban las piedras para los templos, las esculturas, los obeliscos. En esas canteras observamos un obelisco dejado a medio realizar hace ya tres mil años.

ABU SIMBEL

Fue un acierto incluir esta visita en nuestro viaje. Creo pecado mortal visitar Egipto y no visitar Abu Simbel. Porque allí hay dos milagros: el milagro de los templos y el milagro de haberlos salvado de las aguas. Una hora de avión desde Assuan hasta Abu Simbel.

Es territorio nubio. Catorce templos se salvaron de ser engullidos por la presa. Jamás la técnica y la ciencia habían hecho algo parecido con la ayuda de la UNESCO y de no pocas naciones. Excavar una montaña, desmontar piedra a piedra el grandioso tem-

plo de Ramsés II y volverlo a montar. Una magistral obra de ingeniería. Una obra realmente faraónica. El mundo de la cultura y del arte, el patrimonio, en una palabra, nunca agradecerá bastante lo que se hizo durante doce años en Abu Simbel. Cuatro colosales estatuas de Ramsés presiden la fachada. Y en el interior del templo las paredes cantan los éxitos militares del faraón, y muy cerca, a la izquierda el templo de Hathor, dedicado a Nefertari, la esposa favorita de Ramsés II. Ella está también representada en la fachada en una escultura casi tan enorme como la del faraón, cosa que antes no había sucedido. Sobrecoge contemplar en perspectiva esta ingente obra de los templos, patrimonio universal de la humanidad.

Y... EL CAIRO

De Assuan a El Cairo: una hora de vuelo cruzando el desierto. El Cairo, una ciudad mastodónica: dieciocho millones de habitantes, cuatro millones de coches, diez mil autobuses de servicio público. Tal vez la ciudad de peor tráfico de todo el mundo. Un caos que te hace sufrir lo indecible. La ley del más listo, del más rápido. Una circulación de locos. Sin embargo están acostumbrados y apenas —eso nos dicen— hay accidentes. Ciudad de grandeza y de extrema miseria. Un centro grandioso e impecable. Lo demás, de pena. El nuestro, un hotel Sheraton, que es ya una garantía. Con 28 plantas. Allí descansamos hasta la salida para las pirámides, que están a la salida de la ciudad, a orillas del desierto. Siempre habíamos visto y pensado en las tres famosas: Keops, Kefen, Micerinos. Y en la pirámide escalonada. Casi cinco mil años nos separan de la pirámide de Keops. Se comenzó a levantar unos dos mil seiscientos años a. de C. pero no fue la primera. La primera fue erigida por Zoser en Sakarak. No sólo existen esas pirámides archiconocidas. Son nada menos que ochenta. Las grandes eran para los faraones, otras para los príncipes, princesas o miembros de la casa real. Imitaban los palacios con sus dependencias y al final la tumba, o cámara del entierro para el cuerpo momificado, colocado en un sarcófago. Y junto a él el tesoro y los objetos más queridos. Los sacerdotes cerraban a cal y canto todo para que nadie pudiera molestar al faraón en su tránsito al Más Allá. Aterran las cifras de las pirámides. La de Keops tiene 137 metros de altura, dos millones quinientos mil metros cúbicos de piedra, paredes interiores de cuarenta y seis metros de largo. Y la Micerinos, sesenta y seis metros de altura. Hoy se permite la entrada a una. Avanzas en cuclillas hasta el *Sancta sanctorum*, es decir, la sala del entierro.

Frente a las pirámides la Esfinge: cuerpo de león y cabeza humana: representa a Kefren. Hizo del monte una colosal estatua: 73 metros de largo y 21 de altura. Es el lugar obligado para la foto del turista. Y en torno a las pirámides una pléyade de camellos, burros, etc. que te los ofrecen para que subas, te hagan una foto y dejes una propina: lo han aprendido bien: Un euro. La propina es parte integrante de toda visita. Y hasta los guardias de seguridad tienden la mano, como me sucedió en Memphis. Quise retratarme con un guardia, me dijo que sí, y en seguida me pidió que le diera varios euros. Lo dijo casi a escondidas, porque eso lo persigue el gobierno mucho. Es práctica común y una buena parte del sueldo son los donativos. Téngase en cuenta este dato: el jornal medio de un egipcio son sesenta euros, unas diez mil pesetas.

Tras las pirámides visitamos Memphis, antigua capital de Egipto. Es pura ruina y sólo merece verse la monumental escultura de Ramsés, de 22 metros de largo. Veríamos de noche un montaje maravilloso de luz y sonido frente a las pirámides. Y visitamos el barrio copto con la Iglesia de la Huida a Egipto de la Sagrada Familia. Barrio modesto, el 15% de los egipcios son cristianos coptos y las relaciones con los musul-

manes son buenas, se respetan y estiman. Una rápida visita a la mezquita de alabastro, a la fortaleza de Solimán y al bullicioso mercado donde se impone el regateo.

Y EL MUSEO

Sólo el museo de El Cairo merece una visita a Egipto y de muchas horas. Son ciento veinte mil las piezas que se exhiben. Allí te pierdes. Seis mil años de arqueología pura. Toda la historia del antiguo Egipto está encerrada en sus vitrinas. Se lleva la palma el tesoro de Tutankamón, tesoro completo rescatado de su tumba en el Valle de los Reyes. El Museo fue fundado en 1863 por el arqueólogo francés Augusto Mariette. Y desde 1902 está ubicado en el centro de El Cairo. El edificio es obra del arquitecto Marcel Dourgon. Sin duda, uno de los dos o tres mejores museos del mundo.

FIESTA FINAL

Cansados, pero no rotos, celebramos nuestra despedida de Egipto. Con una cena de gala en un barco-plataforma en el Nilo. Una gentileza de la Hermandad de CajaSur. Con canciones sudamericanas y españolas. Ese restaurante flotante llevaba el mítico nombre de Faraón, no podía ser de otro modo. La iluminación fantástica.

Egipto: otro mundo. País de contratos. Cuna de la civilización. Libro abierto para beber las raíces de la Historia. Ensancha el corazón, y te hace sentir ciudadano del mundo. Comprendes mejor a los pueblos. En Egipto admiras a un pueblo que se adelantó en cinco mil años a la Historia. Un viaje, en fin, sin desperdicio.

Muchas gracias.